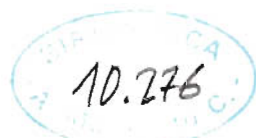


ESPARC 2007

Actas del XIII Congreso de EUROPARC-España.

Puerto de la Cruz, Tenerife, 21 al 25 de marzo de 2007



9943



Áreas protegidas: diversidad y bienestar social

Contribución al Convenio de Diversidad Biológica

Repensando las áreas protegidas

Entre la nostalgia, el utilitarismo y la libertad



Desde Yellowstone hasta el presente las áreas protegidas, en su versión formal, han recorrido un largo trecho no exento de avatares filosóficos. No me referiré, pues, a la subsistencia real de la naturaleza en el territorio –que puede ser todo un drama en sí misma–, sino al propio concepto de área protegida y la razón que justifica su existencia. Son 135 años de historia desde que Yellowstone se constituyó como parque nacional y buque insignia para muchos de nosotros.

Ciertamente, ha habido modas en esto de las áreas protegidas, como es usual en casi todas las actividades del hombre. Los primeros parques escénicos, esos que te cortan la respiración por su grandeza, dieron paso a las redes y sistemas racionales representativos de los ambientes naturales del país; luego se jalonó el rigor de la protección y surgieron las diferentes categorías de áreas protegidas de la UICN, revisadas en 1996 para adecuarlas más a los objetivos de gestión y menos a los contenidos y casuística del área. Y el debate sigue, al menos cada vez que se reúnen técnicos y expertos en la materia o, a menor escala, cuando un político se empeña contra viento y marea en hacer un parque de algo que no lo es, al menos según la doctrina acumulada y vigente, que no es poca. Recuerdo con particular viveza la iniciativa de una de las islas Canarias por crear un parque nacional con bastante población y explotaciones en su interior, argumentando que en el Congreso de Parques de Caracas (1992) se había aceptado la presencia del hombre en el seno de los parques nacionales. Y yo me preguntaba si mis paisanos tecnológicos y usuarios de automóviles e Internet eran equiparables a los indios silvícolas de las áreas protegidas sudamericanas, que bien podían figurar como un mamífero más en el inventario faunístico del área (perdón por la broma). Sí, cosas así, fruto del voluntarismo político o de los simples celos ocurren y seguirán ocurriendo.

El caso es que el debate no cesa y se ve afectado por las nuevas olas de la moda conservacionista, o de las agendas políticas, que hasta ellas ha llegado el asunto ambiental. Ora la biodiversidad, ora el desarrollo sostenible y, finalmente el cambio climático, la última conquista de la letanía ambiental que ya todo lo impregna, incluidos los presupuestos y subvenciones de investigación.

carbonatadas, etcétera). Sería absurdo esperar que la mente, un nuevo sistema emergente, no acarree también sus cambios. Además, es incluso lógico que la tasa de cambio se acelere, pues nunca, antes de la mente, circulaba la información en nuestro planeta a la velocidad que lo hace ahora. Por eso digo que, en vez de mirar hacia adelante y atender curiosos a las novedades que la mente introduce en nuestro planeta, nos empeñamos en mirar hacia atrás y en mantener los rasgos de una biosfera que ya ha sido superada. El planeta cuenta ahora con una nueva envoltura añadida, la psicofera, sobre cuyo funcionamiento andamos en pañales. Tendremos que repensar completamente la Física (particularmente la Termodinámica) y la Ecología para comprender los procesos gobernados por información altamente estructurada, con capacidad de proyectarse en el tiempo, de recuperar registros históricos, y de elegir entre varias opciones. Duro reto para la Ciencia, ciertamente.

Vivimos, pues, en una psicofera y debemos gestionar nuestros asuntos con miras al futuro y no hacia un pasado biosférico. ¿Quiere decir esto, entonces, que la “naturaleza” por sí misma no tiene ya sentido y que debemos claudicar ante su transformación, sin más? Si y no.

- 1) El funcionamiento biosférico básico del planeta, que tanto preocupa a muchos, está realmente soportado por bacterias y no por los organismos pluricelulares entre los que se encuentra nuestra presumida especie. Ello implica que la vida no está en peligro; que seguirán habiendo cambios bajo la batuta de la entropía o contingencias cósmicas, que habrá cuellos de botella, extinciones y florecimiento de nuevas estirpes. La vida “se busca camino”, como decía Ian Malcom en *Jurassic Park*, y el trabajo duro lo seguirán haciendo las bacterias. El conflicto no se plantea a la vida, sino a nuestro modo de vida.
- 2) Es legítimo, por tanto, y sobre todo siendo egoístas como somos, elegir aquello que más nos interesa. Otra cosa es que lo logremos. Pero eso de “elegir” es una importante novedad de la psicofera. Con la mente, capaz de proyectar sus acciones, se ha introducido determinismo, algo desconocido en la biosfera. El hombre participa en su futuro.
- 3) Creo, pues, en la libertad de nuestra especie, la única que puede ejercer opciones. Pero creo igualmente que, pese a la sofisticación y rizos de la evolución cultural, los humanos seguimos vinculados a nuestra carga genética de primate, y que ambos motores –genética y cultura– se han amalgamado a lo largo de los últimos 200.000 años de modo inseparable.

La pregunta que hago es simple; sus derivaciones no tanto. ¿Tiene sentido mantener áreas protegidas tal como las concebimos? ¿Para qué sirve conservar retazos de naturaleza más o menos apañada en un barco que zozobra y que reclama más y más madera para sus calderas? ¿Deben incorporarse las áreas protegidas al tiovivo economicista e incluso, como ya se ha propuesto, llegar a autofinanciarse? ¿Deben ser los parques y reservas la caja fuerte donde resguardar la vilipendiada biodiversidad del planeta, ese recurso promisorio que salvará nuestro destino? ¿Serán las áreas protegidas una guinda más en el menú de ocio de los ricos?

Es difícil, o al menos comprometido, encontrar una respuesta ecléctica que satisfaga todas estas inquietudes. No la tengo, pero quiero compartir el modo en que encuentro sentido a los parques, incluso después de que mi visión sobre la conservación y la Ecología han cambiado profundamente; y, me temo, que es algo que deberé explicar antes.

No hace mucho tiempo, caí en la cuenta de que mantenía una visión biosférica del planeta, que es obsoleta. La Ecología de nuestras universidades es biosférica; nuestras técnicas de gestión apuntan hacia la “salud” de la biosfera; buscamos ese “cacareado” equilibrio de la naturaleza, y queremos hacer compatible el desarrollo y la conservación, conjurando su naturaleza de yin y yan. Lo triste del caso es que estamos apuntando hacia atrás, seguramente movidos por nuestra biofilia, o tal vez por la mera nostalgia. Apuntamos hacia un modelo biosférico que, aunque nos pese, ya es pasado. Por eso estamos errados.

La vida irrumpió en un planeta, el nuestro, donde antes solo había materia inerte. Como consecuencia de la actividad de la materia viva, el planeta se transformó sensiblemente, al menos sus capas externas: hidrosfera, atmósfera y cáscara de la litosfera. El planeta se dotó de una biosfera y, simplemente, funciona distinto a cuando no había materia viva operando en su seno. Esto parece obvio. Sin embargo, no valoramos adecuadamente el fenómeno, del que además somos protagonistas, de la incorporación de materia pensante a este mismo planeta. La materia pensante –la mente– asentada en los cerebros de los homínidos, es una propiedad emergente de la vida, como ésta lo fue de la química, y ésta a su vez, de la física. La nueva materia se comporta de modo muy distinto a la materia viva y a la materia inerte, y en lo poco que lleva de funcionamiento en el planeta, ya ha provocado importantes cambios, al igual que la vida los produjo en su momento (composición de la atmósfera, alteración del albedo del planeta, las rocas

El hombre no debería renunciar a disponer de naturaleza como referente para su propia psique. No concibo una cultura mínimamente interesante que no cuente con naturaleza como modelo de orden, de armonía, de estética, componentes básicos, aunque tal vez inadvertidos, de nuestro andamiaje cultural.

- 4) En este contexto, adquiere sentido que mantengamos núcleos de naturaleza lo más prístina posible como simple referente para nuestra propia mente (o espíritu, si se prefiere verlo así). Nos jugamos la salud mental de especie, nuestra indisociable esencia humana de mente-vida. De ahí que me congratule que la Constitución española (artículo 45) recoja ese derecho de todos a disponer de un ambiente [naturaleza incluida] para el desarrollo digno de la persona. Como tal derecho fundamental, el Estado ha de garantizarlo, y así lo reclamo en aras a la dignidad y salud mental de la sociedad en su conjunto. Podemos elegir que así sea. Es nuestra libertad.
- 5) Sin pretender que las áreas protegidas sean financiadas por la Seguridad Social (podría debatirse), los parques nacionales, monumentos y reservas integrales (I, II y III, para los iniciados) deberían ser gestionados hacia su máxima naturalidad, entendida aquí no como valor, sino como un descriptor de estado, al igual que la temperatura, o la entropía. Lo contrario a la naturalidad sería la absoluta artificialidad, y habría una escala gradual de una a otra¹. Consecuentemente, las demás categorías de áreas protegidas (IV-VI) –y el resto del territorio si no queremos ser torpes de castigo– se deberían gestionar hacia la máxima sostenibilidad, por pura razón de eficacia en el uso de los recursos renovables o de preservar la mayor biodiversidad posible. Una psicofera así, se me antoja más amable.

Creo que al introducir esta disyuntiva en la orientación de las áreas protegidas –hacia la naturalidad, unas, hacia la sostenibilidad, otras– podemos ahorrarnos mucho debate y disgustos por venir. Luego, que cada cual se dedique a aquello más acorde con su gusto, incluido el que tengan por la nostalgia o el utilitarismo. Por suerte, en la psicofera sigue habiendo campo para todos.

Antonio Machado Carrillo

Ex director-conservador del Parque Nacional del Teide
y miembro de la Comisión Mundial de Áreas Protegidas de UICN

1. Para quienes se interesen por la naturalidad como descriptor: Machado, A. 2004. An index of naturalness. *Journal for Nature Conservation*, 12 (2): 95-110.